

Geografías perdidas y globalizaciones fracasadas. De Versalles a Irak¹

Neil Smith

City University of New York. Center for Place, Culture and Politics

Data de recepció: setembre del 2003

Data d'acceptació definitiva: octubre del 2004

Resumen

El artículo analiza la actual etapa del imperialismo americano después del ataque al Pentágono y al World Trade Center en el marco de la historia de anteriores esfuerzos por el control global. Se realiza un breve examen de los dos primeros periodos de ambición global americana y su relación con la desespacialización del lenguaje público del poder global. Los resultados permiten tener la necesaria perspectiva sobre los objetivos geoeconómicos más ambiciosos que definen el momento actual del imperialismo americano.

Palabras clave: globalización, imperialismo norteamericano, terrorismo.

Resum. *Geografies perdudes i globalitzacions fracassades. De Versalles a l'Iraq*

L'article analitza l'actual etapa de l'imperialisme americà després de l'atac al Pentàgon i al World Trade Center en el marc de la història d'anteriors esforços pel control global. Es realitza un breu exàmen dels dos primers períodes d'ambició global americana i la seva relació amb la desespacialització del llenguatge públic del poder global. Els resultats permeten tenir la perspectiva necessària sobre els objectius geoeconòmics més ambiciosos que defineixen el moment actual de l'imperialisme americà.

Paraules clau: globalització, imperialisme nord-americà, terrorisme.

Résumé. *Des géographies perdues et globalisations fracassées. De Versailles a l'Iraq*

L'auteur analyse le période actuel du impérialisme nord-américain depuis les attaques au Pentagone et au World Trade Center de New York, et situe ces actions dans le cadre d'efforts antérieurs pour le control global. On essaie d'examiner les deux premiers périodes de l'ambition global nord-américaine et sa relation avec la despatialisation du discours publique sur le pouvoir global. Les résultats permettent disposer de la perspective nécessaire sur les objectifs géoéconomiques les plus ambitieux qui montrent le moment actuel de l'impérialisme nord-américain.

Mots clé : globalisation, impérialisme nord-américain, terrorisme.

1. Una versió anterior de este trabajo se publicó en *Interventions*, 5:2, 2003, 249-270. Quiero agradecer a la Asociación de Geógrafos Españoles la oportunidad de presentar en Barcelona una versión actualizada.

Traducción del original inglés: Carmen Gonzalo.

Abstract. *Lost Geographies and Failed Globalizations. From Versailles to Iraq*

The author analyzes the current moment of US imperialism after the attacks over the pentagon and the World Trade Center, and situates these actions in the framework of previous efforts at global control. He attempts to examine the first two periods of global US ambitions and their relationships with the despatialisation of public discourse over global power. Results afford for the necessary perspective on the more ambitious geo-economic objectives which characterize the current moment of US imperialism.

Key words: globalization, US imperialism, terrorism.

Sumario

Antecedentes de la globalización	Aislamiento, incompetencia, imposibilidad.
Sobre <i>Imperio</i>	Después del <i>Lebensraum</i> americano
¿Guerra al terrorismo? O el <i>endgame</i> de la globalización	Bibliografía

Tres hechos ocurridos después del ataque al Pentágono y al World Trade Center reflejan de manera elocuente las contradicciones clave de esta etapa nueva del imperialismo norteamericano.

En abril del año 2003, marines norteamericanos lideraron el saqueo de Bagdad y organizaron el derribo de la estatua de Sadam Hussein. A punto de caer, pusieron sobre su cabeza la bandera americana, en una imagen televisada triunfalmente a todo el mundo. Su rápida sustitución por una bandera iraquí tuvo mucha menor difusión. Un segundo hecho es el ocurrido a primeros de noviembre de 2001, poco después de que, por fin, el Pentágono permitiera que reporteros norteamericanos accedieran a los lugares de enfrentamiento en la guerra de la «Coalición Internacional» contra Afganistán; los medios relataron como, después de tomar un distrito al sur de Kandahar, los marines levantaron un mástil e izaron solemnemente la bandera de las barras y estrellas. Poco después ocurrió el tercero: cercanos los Juegos Olímpicos de invierno de Utah, el Comité Olímpico de EE.UU., todavía en proceso de liberarse del olor a corrupción que había rodeado la elección de Salt Lake City como sede de los juegos, insistió ante el Comité Olímpico Internacional para que el desfile inaugural fuera encabezado por una bandera americana que había sobrevolado el derruido World Trade Center. El COI, por increíble que parezca, respondió que no podía respaldar tal politización del deporte olímpico, y en consecuencia, y a pesar del poder de intimidación de los Estados Unidos, no cedió a sus deseos. Al final se llegó a un acuerdo: la bandera no desfilaría en la ceremonia de apertura, pero se exhibiría en algún lugar del recinto olímpico.

El significado de estos hechos va mucho más allá de lo que a primera vista pudiera parecer. En una perspectiva histórica, el izado de la bandera en Kandahar es una deliberada y clara evocación de la subida, en 1898, de Teddy Roo-

sevelt y sus Rough Riders a la Colina de San Juan para plantar la bandera americana; recuerda también la misma escena en Iwo Jima, en febrero de 1945. Las fechas de estos acontecimientos son de todo menos casuales. Si 1898 anunciaba el comienzo del primer periodo de ambición imperial de los EE.UU., que culminó en 1919, 1945 representa el punto cumbre del segundo, y el año 2001 puede fácilmente considerarse como la culminación de un tercer periodo de ambición global norteamericana, resumida, aunque solo sea ideológicamente, en términos de una aspiración a la «globalización».

Estos acontecimientos, de un significado político todavía mayor, realzan la extraordinaria relación entre diferentes grados de ambición y arrogancia políticas. Por un lado, la utilización de la bandera americana en Bagdad, Kandahar y UTA confirma el particular nacionalismo de los Estados Unidos y especialmente de sus elites dirigentes. Por otro lado, las banderas pretendían a la vez ser símbolos universales de *paternalismo global*: el estilo americano es el estilo del mundo. «Ahora todos somos americanos», afirmó el canciller alemán Gerhard Schröder en el corto periodo de distensión que siguió al 11 de Septiembre. Envolver la interpretación mundial de lo correcto o incorrecto con las barras y estrellas, llevó a tomar muy en serio la afirmación de Schröder, pero a la vez a confundir su verdadero sentido. Después de octubre de 2001, con el bombardeo en Afganistán, da comienzo la llamada, de manera oportunista, «guerra contra el terrorismo»; cuando la guerra se extendió a Irak, después de marzo de 2003, el sentimiento global del poder americano —«si no estás con nosotros, estás con los terroristas»— era no tanto una sensación, como una amenaza del peligro imperial.

Ya en 1940, en la momento cumbre del segundo periodo de ambición global norteamericana, un dirigente del Council of Foreign Affairs (CFR), introducido en el Departamento de Estado, reflejó, sin apenas darse cuenta, la contradictoria explicación del Imperio americano. En aquel momento, Hitler había reclamado el derecho a establecer un verdadero *Lebensraum* (espacio vital) alemán y, en reunión secreta del CFR, un airado Isaiah Bowman, geógrafo, director fundador del CFR y presidente de la John Hopkins University, replicó que si Hitler quería un *Lebensraum*, podía tenerlo, con la salvedad de que ahora sería, afirmó Bowman, un *Lebensraum* global y económico americano (CFR, 1940).

Esta audaz mezcla de intereses nacionales y globales contenida en la referencia de Bowsman a un *Lebensraum* americano, subyace en el corazón mismo del imperialismo americano y, en la medida que induce a la contradicción, será crucial en la construcción del destino de ese imperio. Las raíces de esta confusión pueden razonablemente situarse en el siglo XVIII, cuando ciertos principios de universalismo de la Ilustración, contenidos en la ideología de la burguesía emergente, fueron poco a poco calando en las aspiraciones históricas de una nación única. En ningún otro lugar la construcción de una nación y no un estado nación determinado, implicó una sintonía tan inequívoca entre universalismo liberal y destino nacional. Si la contradicción entre el interés nacional y las pretensiones de universalismo global ya estaba implícita en gran medida desde hacía más de un siglo, se hizo llamativamente evidente después de

1898, cuando la ambición global de los Estados Unidos se manifestó sin paliativos, sobre todo en algunos momentos determinados. En la actualidad, estamos atravesando uno de esos momentos.

Permítaseme aportar algunas notas históricas para tratar de probar mi hipótesis. La historia del imperialismo americano del siglo XX ha estado velada bajo una capa ideológica liberal de moralismo, donde se interpretan los intereses globales norteamericanos a través de una mezcla de democracia y capitalismo, realismo e idealismo, el bien y el mal. Clave para esta perspectiva fue la desespacialización ideológica del poder global que permitió a los políticos entablar el debate entre ideas opuestas desligado de cualquier lugar. Ésta es precisamente la clave de tanta literatura sobre globalización, no sólo de la derecha política, donde los núcleos del capital financiero han liderado la idea de un mundo sin fronteras, el fin de los estados nación y una economía global «más allá de la geografía»; sino que también puede atribuirse a parte de la izquierda, que ha puesto de moda nociones de un imperio hegemónico desterritorializado y que niega tajantemente cualquier reminiscencia de una base nacional del poder competitiva. Pero esta «geografía perdida» del llamado «siglo americano», en la medida en que simultáneamente asume una «política perdida» (Smith, 2003), es en sí misma un instrumento ideológico del imperio. La evidente conexión en el lenguaje público americano de las relaciones mundiales, entre despolitización y desespacialización, se agudiza durante los periodos de intensa ambición global.

Para recuperar una cierta política de imperio, quiero reespacializar la historia de estos periodos imperiales, puesto que su relevancia actual es bastante evidente: la llamada «guerra contra el terrorismo» anunciada tras el 11 de Septiembre, es cualquier cosa menos eso. Todo el discurso de guerra contra el terrorismo es una nefasta tapadera, que utiliza todas las metáforas liberales de un universalismo benefactor global, para esconder el mezquino egoísmo de una clase dirigente internacional que tiene su puesto de mando central en los Estados Unidos de América (Sklair, 2000). Por el contrario, vista en el marco de una historia reespacializada, la guerra aparece como una cruda consecuencia de la dominación global, la consumación del globalismo norteamericano. El lado positivo es que está condenado al fracaso. Lo malo es que los costos de ese fracaso pueden ser terribles.

Desarrollar esta idea requiere primero revisar la historia de anteriores esfuerzos por el control global. Un breve examen de los dos primeros periodos de ambición global americana, y su relación con la desespacialización del lenguaje público del poder global, nos permitirá tener la necesaria perspectiva sobre los objetivos geoeconómicos más ambiciosos que definen el momento actual del imperialismo americano.

Antecedentes de la globalización

Incluso antes de la respuesta generalizada tras los actos terroristas de 2001 contra el pentágono y el World Trade Center, los conservadores habían empezado

ya a reivindicar el lenguaje del imperio en todo el territorio de los Estados Unidos. Relegado durante gran parte del siglo XX, considerado por los opositores como una ideología pasada de moda (acusación más frecuente, por ejemplo, al historiador disidente William Appleman Williams —ver Williams, 1962), el lenguaje del imperio fue rehabilitado con entusiasmo al final de la década de 1990, para expresar el triunfalismo de la hegemonía americana que siguió a la guerra fría. «La gente está empezando a salir del armario del imperio mundial», escribió el columnista conservador Charles Krauthammer, en una reflexión sobre el dominio sin parangón de los EE.UU. al comenzar el siglo XXI, y comparándolo con la Roma imperial (citado en Eakin, 2002; ver también Haas, 2000). Este triunfalismo imperial recuerda el talante de un siglo atrás, cuando el aristócrata Brooks Adam anticipó la idea de un «nuevo imperio» bajo el liderazgo de los Estados Unidos después de la decadencia de los imperios europeos (Adams, 1902). En la misma época, el geógrafo británico Halford Mackinder pensó que él podía imaginar el perfil de un «imperio mundial» sin precedentes; siendo británico por naturaleza, sin embargo, no pudo reconocer que los límites de este imperio serían ante todo americanos (Mackinder, 1904).

El primer periodo

Adams y Mackinder escribieron durante el primero de los tres periodos de ambición global norteamericana que marcaron el llamado «siglo americano». Aunque podría parecer que 1898 fue un punto de partida crucial, las ambiciones coloniales de «la pequeña gran guerra», como se la ha llamado, tuvieron en realidad poco en común con el perfil del globalismo americano que acabaría por surgir. 1898 fue tanto una continuación del imperialismo europeo como un presagio del emergente imperialismo americano. Más que la Doctrina Monroe, adoptada «como la doctrina del mundo» dos décadas después, fue la ambición de Woodroe Wilson la que mejor expresó este primer periodo. Wilson proporcionó una temprana e incisiva versión de la combinación de un nacionalismo corto de miras con un paternalismo global; articuló, además, una ambición global que difiere rigurosamente en la forma, pero poco en el fondo, de las concepciones coloniales americanas.

Wilson entendió que la expansión y el control territorial ya no eran una condición *sine qua non* del poder imperial. El momento crucial de aquel primer periodo fue la reinterpretación de la importancia de la conexión tradicional entre expansión económica y geográfica. Allí donde el colonialismo europeo utilizaba la expansión territorial para asegurar la expansión económica, las clases dirigentes americanas enfrentadas a final de siglo con una desesperada necesidad de reciclar las mayores acumulaciones de capital de la historia, se encontraron bloqueadas en gran medida por la acumulación territorial a la manera en que los poderes europeos habían pretendido. Con el mundo dividido entre estados capitalistas, independientes o colonizados, una estrategia territorial hubiera enfrentado a los Estados Unidos a la enorme fuerza,

tanto de la oposición local como del poder europeo. Poco a poco, pero con resolución y no sin desacuerdos internos, fueron diseñando una estrategia revestida de la retórica idealista de autodeterminación de Wilson: un poder económico separado del control inmediato del territorio.

Según esta interpretación, la Primera Guerra Mundial fue no sólo «la guerra para acabar con todas las guerras», sino que vendría a introducir una «nueva diplomacia» que decidiría resolver las querellas globales «ultrageográficas». Wilson entendió que la Conferencia de Paz de París había de ser un ejercicio en «fijar el espacio», especialmente en Europa, donde una desordenada geografía heredada propiciaba, más que disuadía, la guerra. Pero, una vez fijada, esa nueva organización territorial quedaría en un segundo término y la nueva diplomacia, centrada en las disputas económicas y políticas, se situaría más allá de la geografía. De Brooks Adams a Wilson, la geografía fue al mismo tiempo todo y nada.

Este primer periodo de ambición global norteamericana fracasó, y lo hizo por varias razones. En primer lugar, en París se demostró que dibujar un nuevo mapa de Europa, y por tanto ir más allá de la geografía, era mucho más complicado de lo que Wilson había previsto. En segundo lugar, el tratado final estableció una liga de naciones que fue rechazada en el Senado de los Estados Unidos por el ala conservadora de la elite dirigente, para la cual, la defensa de las prerrogativas nacionales era mucho más importante que cualquier posible beneficio derivado del internacionalismo político. Por miope que pueda haber sido incluso en términos de egoísmo económico, el propio nacionalismo ayudó a provocar la derrota de la ambición global americana. Wilson podría haber sido capaz de rescatar el tratado si se hubiera asegurado suficiente apoyo interior, pero con el triunfo de la revolución socialista en Rusia, las incipientes revoluciones de Budapest a Berlín, y con la clase obrera americana en una imparable ebullición, que desembocó en 1919 en una extraordinaria ola de huelgas, Wilson envió 10.000 soldados americanos a suelo soviético, reprimió al mismo tiempo a la clase obrera en casa, propició un evidente «miedo rojo» y reprimió ilegalmente a cualquier individuo o movimiento sospechosos de «sedición». Los defensores de los derechos humanos criticaron la apática respuesta de Wilson al creciente racismo evidenciado por el aumento del número de linchamientos. Las sufragistas corrieron mejor suerte y llegaron a conseguir el derecho al voto en los últimos meses de gobierno de Wilson. En resumen, este primer periodo de ambición global norteamericana fracasó por la oposición política interna y por el sentimiento de nacionalismo derrotista entre la clase dirigente.

El segundo periodo

El segundo periodo de ambición global vino tras una larga etapa, erróneamente entendida como «aislacionista». Durante las décadas de 1920 y 1930, los Estados Unidos abandonaron la intervención activa en Europa y restringieron enormemente la inmigración; pero las sucesivas administraciones permane-

cieron fuertemente comprometidas con la intervención económica, política y militar en cualquier otra parte, especialmente en Latinoamérica y el Caribe. Irónicamente, incluso cuando en Europa proliferaba una geopolítica nefasta, la derrotada ambición de Wilson de ir «mas allá de la geografía» consiguió una cierta realidad ideológica. Hacia 1941, el editor Henry Luce pudo declarar que estábamos viviendo en el «siglo americano» y, por tanto, completando una desespacialización ideológica del poder global que había venido desarrollándose durante más de dos décadas.

No hay ingenuidad en la elección de una definición del poder global americano más temporal que espacial, ni fue una simple vuelta al lenguaje del siglo XIX. Luce (1941), un aislacionista convertido en intervencionista, manifestó abiertamente que los americanos no conocían, ni necesitaban conocer detalles del territorio mundial, pero estaban en posición de afirmar su superioridad moral, cultural y económica sobre todo el territorio global; para Luce, el mundo era un lienzo abstracto bajo el control de la tutela americana. La desespacialización del «imperio», conseguida por «el siglo americano» de Luce, supuso simultáneamente una despolitización, o al menos la circunscripción a una política «correcta»: uno puede combatir un imperio (la historia está llena de pueblos y movimientos que lo han hecho, con o sin éxito), pero ¿cómo se combate un siglo? El verdadero objetivo de la oposición política se disolvió por la referencia temporal. No puede haber un ejemplo más claro de la despolitización originada por la desespacialización, que la oculta tragedia política de la pérdida de un discurso geográfico a través del cual entender los vaivenes del poder global.

El segundo periodo de ambición global americana fue llegando a su momento cumbre al acercarse el final de la Segunda Guerra Mundial y tras anunciar Franklin Roosevelt el «nuevo orden mundial». Incluso antes de que los Estados Unidos entraran oficialmente en la guerra, el Departamento de Estado, primero, y, poco después, el Departamento del Tesoro, habían empezado a trabajar en la nueva arquitectura global. La situación de Alemania, la pérdida traumática de las colonias europeas, la creación de nuevas organizaciones comerciales y nuevas instituciones financieras globales, el acceso a recursos, la necesidad de asegurarse bases aéreas estratégicas con fines comerciales y militares; todos estos objetivos se concretaron durante la guerra. Para Roosevelt la joya de la corona era, indudablemente, unas Naciones Unidas que él había concebido como instrumento para ayudar a arbitrar las disputas internacionales en el nuevo orden mundial, de manera que la estabilidad en el mundo de los negocios dejara de estar amenazada por convulsiones políticas o militares. Aunque la configuración final de las Naciones Unidas se discutió en dos conferencias internacionales, en su mayor parte se diseñó en el Departamento de Estado.

Igual que ocurrió en el primer periodo de ambición global, la aspiración a ir más allá de la geografía resumida ahora por Luce, entró directamente en contradicción con una paralela reivindicación de la geografía como la ciencia del poder mundial. Esto significó, en parte, una respuesta al posible poder de un discurso político alemán descubierto de pronto, pero también derivaba

directamente, en parte, de la participación norteamericana en la guerra. «Coged vuestros atlas», había pedido Roosevelt al pueblo, y no los dejéis mientras dure la guerra. No sólo significa que «la guerra es buena para la geografía» (la disciplina), como dice el viejo proverbio, sino que en un momento de intensa ambición global, la comprensión de la geografía política, económica, cultural y sobre todo militar, se convierte en un poderoso medio para conectar el interés de los ciudadanos con las ambiciones nacionales de las clases dirigentes. Con cautela y de manera incompleta, tuvo que rectificarse el abandono de la sensibilidad geográfica.

Así como en tiempo de guerra las consideraciones geopolíticas son siempre importantes, los intentos norteamericanos por planificar el nuevo orden durante la posguerra empezaron desde un conjunto de presupuestos muy diferentes de aquéllos que todavía predominaban en Europa. Mientras los líderes de Alemania y Gran Bretaña, Italia y la Unión Soviética todavía veían el poder en términos geopolíticos tradicionales, los que guiaban a la elite norteamericana eran crecientemente geoeconómicos. Cualquiera que fuera la regresión de la noción global de Wilson a la Doctrina Monroe en los años treinta y cuarenta, y a pesar de una considerable confusión interna, la Administración Roosevelt comprendió rápidamente que lo que despertaba el interés norteamericano no era tanto el control político del territorio como el control económico de los mercados, del trabajo y de los recursos. Durante este periodo, en ninguna consideración fue más evidente esta afirmación, que en la idea de *Lebensraum* americano acuñada por Bowman para describir un proyecto que era americano y global, a la vez que económico.

Pero este segundo periodo no tuvo mucho más éxito que el primero. Durante la guerra ya hubo diferentes conflictos laborales planteados por los trabajadores que no aceptaban el deterioro de los salarios y las condiciones laborales justificados de manera oportunista en términos de patriotismo; pero, después de la guerra, la frustración contenida explotó. 1947 representó un nuevo auge de la actividad huelguística que, como en el primer periodo, se enfrentó a una represión que culminó con la ley Taft-Hartley. En el exterior, la escena mundial estaba dominada por una oleada de movimientos de descolonización que no había sido posible después de 1919 y que, como otros movimientos democráticos, desde Latinoamérica hasta Oriente Medio, amenazaban claramente el éxito de las pretensiones globales norteamericanas. Los líderes, al menos en la retórica pública, se iban acomodando a los aspectos anticoloniales de tales luchas, con la esperanza de obtener un beneficio económico de la ruptura entre los estados europeos y sus colonias.

El compromiso americano con estos movimientos de independencia era real sólo en tanto en cuanto la liberación nacional, autodeterminación o independencia suponían una ventaja para el capital y la influencia política norteamericana, pero servía al propósito ideológico vital de permitir que los apolo-gistas del globalismo americano se alinearan con los anticolonialistas frente a Europa. Obviando cualquier distinción entre colonialismo e imperialismo, y apelando a los orígenes revolucionarios de los mismos Estados Unidos, las elites

americanas de posguerra tuvieron un cierto éxito en presentar la ambición global americana no sólo como anticolonial, sino como antiimperialista. En el autocomplaciente lenguaje de la democracia universal, el imperialismo se convirtió en una reliquia histórica. Por supuesto, de Guatemala a Irán, de Cuba a Vietnam, allá donde el capital y la influencia política americana no encontraban facilidades o eran bloqueadas con energía, cualquier compromiso con la democracia o con los derechos de autodeterminación eran rápidamente sustituidos por la fuerza militar.

La mayor oposición al éxito de este segundo intento de un imperio americano vino de la Unión Soviética, cuyos líderes se vieron en el filo de un prisma con tres poderes que incluía a Gran Bretaña. Aunque pueden encontrarse muchas razones para defender que la guerra fría no empezó en la década de 1950, sino inmediatamente después de la revolución de 1917 (un rabiosamente anticomunista Wilson inició un embargo económico y envió tropas a la URSS; los Estados Unidos se negaron a reconocer a la Unión Soviética hasta 1933 y ésta, en los primeros años de la revolución, luchó activamente por un internacionalismo comunista mundial), no hay ninguna duda de que la relación temporal, aunque pragmáticamente descongelada, entre los aliados coyunturales, empezó a deteriorarse a medida que se veía el fin de la guerra. La causa no fue tanto la agresión o la petulancia soviética, sino el universalismo de la ambición política norteamericana. La Unión Soviética había soportado la presión del militarismo nazi, más de la mitad de los muertos de la Segunda Guerra Mundial, y sufría una constante frustración por la negativa estratégica de Gran Bretaña y de los Estados Unidos a suavizar la presión sobre ellos y abrir un segundo frente occidental en Francia.

A medida que se intensificaban las negociaciones sobre la organización de la posguerra, Rossevelt, a pesar de sus importantes desacuerdos con Churchill, confiaba que el viejo personaje del Imperio británico apoyaría su concepción de un globalismo angloamericano en el que Gran Bretaña y los Estados Unidos tenían una mayoría de dos a uno entre los tres «policías» mundiales. Stalin, por otro lado, se vio progresivamente atraído hacia lo que, después de las conferencias de Breton Woods y Dumbarton Oaks en 1944, parecía, cada vez más, un partido capitalista en el que él estaba en inferioridad de condiciones. Como un astuto Charles de Gaulle dedujo respecto de la estrategia americana frente a Naciones Unidas, «Roosevelt [...] intentó atraer a los soviéticos hacia un grupo que contendría sus ambiciones y en el que Norteamérica podría unir a los que dependían de ella» (citado en Kimball, 1984, p. 287).

Tanto los liberales como los conservadores culpan a Roosevelt de los acuerdos territoriales conseguidos al final de la guerra en las conferencias de Teheran y Yalta. Se dice que, o bien traicionó sus propios ideales, o fue ingenuo y arriesgado al ponerlos en primer lugar. Pero ambas críticas toman demasiado en serio esos llamados ideales; permanecen aferradas a una alianza entre posesión territorial y poder global, cuyos límites Rossevelt había vislumbrado. Por penoso que resultase dejar el poder político de Europa del Este en manos de la Unión Soviética, un hecho virtualmente consumado en cualquier caso, dado el

progreso hacia el oeste del ejército rojo, fue un compromiso mucho más calculado por Roosevelt de lo que generalmente se cree. A diferencia de Wilson, que en un momento crucial de 1919 rehusó llegar a un acuerdo sobre las insistentes pretensiones italianas de territorio con la oposición italoamericana, Roosevelt decidió que aceptar un difícil compromiso en una región era preferible a emplear sin éxito todo su esfuerzo en unas Naciones Unidas diseñadas por los Estados Unidos. Si en el proceso consiguió una organización internacional en la que se limitaba poderosamente la ambición soviética, como aseguró De Gaulle, la extensión de la órbita *territorial* soviética para cubrir parte de Europa oriental fue un coste relativamente bajo. Este particular revisionismo no intenta de ningún modo rehabilitar a Roosevelt como un tipo ingenuo; por el contrario, lo reconoce como un estratega imperial mucho más astuto de lo que generalmente inducen a pensar aquellos que le tachan de «idealista».

Por ello, es tanto más irónico que el anuncio de muerte del segundo periodo de globalismo americano fuera dado por el mismo Roosevelt, que utilizó el recurso a una mezcla de geografía política y egoísmo nacional de cortas miras, dirigido más a competir con el vacilante Imperio británico que con la Unión Soviética, y que contribuyó a depreciar el premio a su internacionalismo: las Naciones Unidas. Previendo que la tensión de posguerra entre los Estados Unidos y la URSS podía dejar a Gran Bretaña en una posición de simple intermediario, Roosevelt consiguió incluir a China como un cuarto «policía» en el mundo de la posguerra. Fue un movimiento perfectamente bien calculado, con el que Roosevelt se apuntó una victoria triple: en el interior consiguió el éxito entre los liberales por incluir supuestamente a un país «subdesarrollado» en el núcleo de toma de decisiones de la posguerra; reafirmó el mito del antiimperialismo visceral de los Estados Unidos y recibió el apoyo de los conservadores por incluir un seguro aliado conservador. Cualquiera que fuese la antipatía china hacia los Estados Unidos, era mayor la que sentían por la amenaza socialista en su frontera oriental y por la arrogancia del imperialismo británico, que los chinos habían experimentado en sus propias carnes. Fue un movimiento brillante, pero Gran Bretaña se sentía entonces incómoda. Churchill fue aplaudido porque los «rabos de cerdo», su racista denominación de los chinos, serían incluidos en la futura organización de Naciones Unidas en pie de igualdad con los británicos y presionaban para dar mayor peso a Europa, insistiendo en una conferencia en Washington DC en 1944, que terminaría con éxito, para incluir a Francia como quinto miembro permanente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. La respuesta de Roosevelt fue la presión por conseguir un puesto para América Latina; Brasil, por ejemplo.

Proponer Brasil era una simple manera de empezar, pero el daño estaba ya hecho. Cualquiera que fuesen los méritos de la opción china, los EE.UU. habían ya jugado la carta del nacionalismo y, junto con Gran Bretaña, habían colaborado en la ampliación del Consejo de Seguridad añadiendo dos poderes capitalistas. Una Unión Soviética aislada insistió en admitir a las repúblicas soviéticas como miembros independientes de las Naciones Unidas (no en el

Consejo de Seguridad) y en su capacidad de veto. La prensa occidental, ignorando completamente las maquinaciones geopolíticas de EE.UU. sobre todo, pero también de Gran Bretaña, criticaron duramente estas demandas.

Por mucha que fuera la presión de los conservadores durante las décadas de la guerra fría, el golpe fatal vino realmente del corazón mismo de las aspiraciones liberales de un *Lebensraum* americano. Antes que nada, la guerra fría fue el sorprendente fracaso de una política exterior liberal que, por otra parte, había ganado el mundo. Durante este segundo periodo de ambición imperial, la historia del apacible nacimiento de las Naciones Unidas, ejemplifica la conflictiva fusión entre el interés nacional y un supuestamente benefactor poder global. Una vez más, la ambición global americana fue derrotada por una mezcla de oposición interna y global, por un lado, y, por otro, por el nacionalismo de estrechas miras de las propias clases dirigentes. Esta vez, el nacionalismo no vino de la oposición conservadora, por mucho que enseguida se movilizara, sino del seno del propio internacionalismo liberal.

Sobre *Imperio*

Esta perspectiva histórica es útil para entender las teorías que aporta *Imperio*, de Michael Hardt y Antonio Negri. Queda muy claro que el libro refleja de manera muy real algunos aspectos de la evolución del capitalismo global desde la década de 1970. La emergencia de un imperio que lo abarca todo, que llega, no sólo horizontalmente (aunque de manera desigual) a todos los rincones y foros del globo, sino también verticalmente, hasta los rincones «biopolíticos» más recónditos de la vida diaria, es totalmente real. Hardt y Negri señalan precisamente algunos de los resultados de lo que podría llamarse la «adaptación» del estado de lo nacional a lo global y local) (Smith, 1992; Swyngedouw, 1996; Brenner, 1999; Uitermark, 2002). De igual modo, como inteligentemente detectan Hardt y Negri, la izquierda ha sido muy lenta y miope en comprender los aspectos potencialmente liberadores no tanto de la «globalización» en sí misma, como de los resultados de una creciente comprensión global del poder político, económico y cultural. La fe en las posibilidades políticas de las «multitudes» podría ser un correctivo vital para el pesimismo bastante desolador que dominaba la política de izquierdas en muchas partes del mundo en las décadas de 1980 y 1990.

Pero en otros aspectos es un libro bastante hábil, que se enfrenta con algunas de las propias ideologías de globalización que pretende trascender. No es éste el lugar para nada que se parezca a una consideración crítica del razonamiento de Hardt y Negri, pero sí quiero resaltar algunos puntos relacionados con el nacimiento de un *Lebensraum* americano y las respuestas políticas apropiadas. Existe, en primer lugar, un problema de tiempo y de historia, o más exactamente de cronología. Uno de los ejes centrales de su teoría es que la transición de un periodo de imperialismo a otro, en el que el imperio toma una nueva forma de soberanía, está íntimamente conectada al hecho de que ya no existe un «territorio exterior».

Tan desigualmente como se quiera, el imperio ahora hace permeable el mundo entero. Si bien puede ser razonable considerar que este proceso alcanzará nuevas cimas a fines del siglo XX, e incluso aceptar la posibilidad de una intensificación histórica en este periodo —Cindi Katz (1988), por ejemplo, lo ha relacionado con la enorme apropiación de la naturaleza como una estrategia de acumulación—, la utilización de esta idea para señalar una diferenciación entre imperialismo e imperio es mucho menos defendible. No en vano fue precisamente éste el argumento que Lenin utilizó en 1917 para explicar la aparición del imperialismo: Ya no hay territorio exterior. Lenin fue claro: por un lado, el imperialismo trae una «socialización de la producción comprensiva»; por otro, «no existen territorios no ocupados... Por primera vez, el mundo está completamente repartido, de manera que en el futuro *sólo* será posible una nueva redistribución» (1975 ed., 25, 90).

De todo esto se derivan dos cuestiones: primera, si la pérdida de ese territorio exterior es realmente un hito en el imperialismo del siglo XX, décadas antes de la aparición de *Imperio*, en la cronología de Hardt y Negri, ¿qué nos dice esto sobre la relación entre imperio e imperialismo? De hecho, en 1917 Lenin estaba repitiendo únicamente lo que geógrafos alemanes, británicos y americanos habían dicho ya de diferentes modos, como demuestra el hecho de que en el pasaje antes citado él mismo se está refiriendo al geógrafo alemán Alexander Supan; por tanto, quizá tiene la misma importancia la cuestión de por qué, a principios del siglo XX, esta idea de un cerrado espacio global dejó de tenerse en cuenta para ser recuperada décadas más tarde. Una parte de la explicación indudablemente gira en torno al éxito de las luchas anticoloniales que, hasta donde el colonialismo se funde con el imperialismo, puede llevarnos a la conclusión de que la era del imperialismo había acabado. Éste fue un componente explícito del internacionalismo liberal americano, desde Wilson hasta los años setenta, y fue, como hemos visto, cómplice de una pérdida de sensibilidad geográfica políticamente más nefasta.

Por supuesto que se puede replicar que la idea de Lenin de un «territorio exterior» perdido era escasamente territorial, y por tanto difícil de relacionar con la forma de imperio existente a punto de comenzar el siglo veintiuno, mucho más acabada y desterritorializada; pero eso supone simplemente preguntar: ¿por qué es insignificante la cuestión de la delimitación territorial? Es decir, el problema cronológico en Hardt y Negri está estrechamente imbricado con otro aspecto problemático de *Imperio*: su tratamiento de espacio y territorio. Los autores son bastante explícitos sobre la idea de que el nuevo globalismo conseguido por el imperio es «desterritorializado»: «no establece centros territoriales de poder y no depende de límites fijos». La economía capitalista posmoderna no es sólo globalizada, sino que, en su globalización dispersa y descentralizada, constituye una forma completamente nueva de red de información. Producción, explotación, comunicación, todo ocurre en un ámbito de «no-lugar» (p. 208); las viejas geografías desaparecen, las fronteras nacionales poco a poco se hacen permeables e irrelevantes y sólo unas cuantas ciudades nodales (ciudades globales) ejercen un poder intensificado y concentrado

(p. 298-299). Pero éstos son centros de poder en una red, y presumiblemente no verdaderos «centros de poder territoriales». Cualquiera que sean las tendencias equilibradoras que puedan aparecer, Hardt y Negri opinan que no existe alternativa a esta desterritorialización, y que una política frente al imperio consiste más en asumirlo y llevarlo al límite que en luchar contra lo inevitable: la desterritorialización es el proyecto del capital y, simultáneamente, «el deseo de las multitudes» (p. 124).

Del mismo modo, como correctivo a un cierto romanticismo residual que considera que la alternativa a la globalización son miles de localismos «poscapitalistas», esta consideración de lo global es estimulante. Consideran correctamente que necesitamos encontrar caminos para pensar globalmente y actuar globalmente también. En el proceso, sin embargo, este argumento olvida, de manera clamorosa, muchos aspectos que deberían someterse a una crítica rigurosa y de hecho políticamente se desliza precisamente hacia los mismos localismos a los que se opone (c.f. Gibson-Graham, 1996). Por mucho que se pueda admirar la agudeza filosófica implicada en dar la vuelta a la globalización y la consiguiente consideración de que las alternativas políticas al capitalismo global están incluidas por completo en el núcleo de aquello que forma el capital global hoy —se dice que las multitudes son *ya* el poder dominante, y que la extraordinaria unidimensionalización de la «biopolítica» diaria es considerada como una desterritorialización beneficiosa—, las implicaciones políticas de este argumento son nefastas.

La teoría de Hardt y Negri asume de alguna manera y repite precisamente aquellas ideologías de desespacialización que marcaron los dos primeros periodos de ambición global norteamericana y que en este tercer periodo son clave para poder afirmar que algo llamado «globalización» es inevitable. La negligencia de Hardt y Negri de las cuestiones de espacio, lugar y territorio, concebidas en términos tanto biopolíticos como geoeconómicos, choca realmente con el poder de la globalización como proyecto y como narrativa a un mismo tiempo. Gran parte de la desespacialización de la historia de Luce —«Siglo Americano»— eliminó un importante objetivo político de los movimientos de oposición; la restauración del imperio de Hardt y Negri elimina la otra mitad de ese objetivo político al negarse a reconocer la espacialidad, la territorialidad, la localización del poder. Explícitamente rechazan la posibilidad de que las elites dirigentes de los Estados Unidos puedan ocupar una posición significativa en y alrededor del núcleo del nuevo imperio global: tal «concepción del espacio imperial [...] está permanentemente desestabilizada por la flexibilidad, movilidad y desterritorialización en el núcleo del aparato imperial» (p. 347). En resumen, Hardt y Negri asumen en su totalidad la fusión entre el nacionalismo corto de miras de las elites de los EE.UU. y la aparente representación del bien global.

Esta teoría es no sólo histórica y empíricamente incorrecta, sino además significativamente no dialéctica en términos teóricos. En términos económicos, la economía norteamericana representa, en el año 2001, el 32,5% de la producción y el 29% del consumo global y ni siquiera la Unión Europea

ampliada alcanza ese nivel de poder. En términos militares, el presupuesto de los Estados Unidos supera a los seis mayores presupuestos juntos. En términos culturales, el dominio del inglés, Hollywood, CNN y la industria cultural norteamericana en su conjunto, puede no tener el peso del predominio militar y económico, pero es en todo caso enorme. Me parece una locura pretender que o no existe o no es importante esta concentración de poder en manos de una clase dirigente muy pequeña; es cierto que las manifestaciones de este poder, si no necesariamente el poder mismo, se han acelerado desde septiembre de 2001, pero ya estaba establecido en décadas anteriores.

En lo que respecta a los problemas conceptuales de esta teoría, es innegable la «desestabilización» de espacios fijados y heredados, pero esto es sólo la mitad de la historia. La «flexibilidad, movilidad y desterritorialización» actúan, sin duda, «en el núcleo del aparato imperial», como observan Hardt y Negri; pero, en la actualidad, el énfasis en la fluidez y la movilidad se ha convertido en algo así como una consigna para la izquierda. Éste es el argumento presentado de diferentes formas desde la década de 1970, en que comenzaron a evidenciarse muchos de los primeros signos de globalización y «reestructuración» y en que nosotros, de manera bastante explicable, comenzamos a preocuparnos por la forma en que antiguas certezas se disolvieron, se fluidificaron. «¡Todo fluye!, ¡nada es fijo!», podía haber sido nuestro lema. Pero el radicalismo de tal percepción hace tiempo que desapareció y, hoy, una cuestión mucho más ambivalente afecta a las formas en que esta nueva amalgama de mundos económicos y sociales flexibles y fluidos está siendo selectivamente *reconstruida* en una nueva arquitectura del poder. Dicho de otra forma, aquello que se desterritorializa por un lado suele territorializarse por otro.

Esta dialéctica de Hardt y Negri ha sido escasamente reconocida. Imperio y globalización se presentan como frustradas evoluciones seculares que crean flexibilidad, fluidez, movilidad etc. de manera inevitable. Todas ellas están, por supuesto, incluidas en redes y sistemas de comunicación; pero estas estructuras mismas son simplemente descritas como instrumentos de una desterritorialización más avanzada. Y, sin embargo, la importancia política de entender los instrumentos de fijación territorial debería ser obvia: la habilidad para fijar ciertos tipos de concepciones sociales y políticas en paisajes fijados, al menos en el corto plazo, supone un poder extraordinario para naturalizar estas concepciones en los lugares y espacios diarios. Sólo necesitamos pensar en las condiciones del Primer, Segundo y Tercer mundos, en las ideas sobre género incluidas en la discusión de posguerra sobre ciudad versus suburbio, el lenguaje racista de «plaga» o «gueto», la intensa amalgama de clase, género, raza y nacionalismo.

No se trata aquí de insistir en que las dos últimas décadas no representan un cambio coherente en las formas de capitalismo. Todo lo contrario. Se trata de sugerir que todavía están operando con fuerza procesos bien establecidos de desarrollo desigual y que, en la misma medida en que consideremos este proceso de manera unilateral, estaremos sesgando nuestro análisis político. En un periodo de extraordinaria fluidez, es fácil cegarse por la movilidad y maleabilidad

de todos los procesos y, por supuesto, hoy se tiende a comprender las formas en que la globalización facilita una cierta igualdad de las condiciones y los niveles de producción y reproducción social. Ésta es la ranura en la que encaja el propio *Imperio*. Sin embargo, también debe plantearse la otra cuestión: ¿Cómo se pueden reestablecer las relaciones recientemente acabadas? A la vez que se interpreta la nivelación de todos los factores, debe teorizarse también sobre la constante rediferenciación de paisajes y lugares a cualquier escala (Smith, 1991).

La cuestión de escala es crucial (Marston, 2000). Representa una cierta tecnología territorial que organiza la diferenciación de espacio y espacios en marcha. La escala no es simplemente una conveniencia conceptual ni algo matemáticamente convenido; algunas escalas bastante específicas son creaciones sociales activas que se utilizan para buscar resoluciones territoriales a problemas sociales específicos (Swyngedouw, 1996; Smith, 1992).

Las escalas espaciales —nacionales, globales, urbanas— representan los resultados de una decisión tomada en un momento determinado, pero transformado a largo plazo, por intensas luchas políticas. En el caso de la «globalización», la propia retórica expresa un intento por redimensionar aquello que consideramos global, según determinados supuestos sobre economía, derechos de propiedad, justicia, orden «natural», etc. Ésta es una tarea que hay que realizar y que no puede resolverse con la simple redefinición de lo global como un reciente *Imperio* benefactor, o mediante la aceptación de que las multitudes ya van por delante. Sin embargo, no se da necesariamente una recíproca pérdida de poder a escala estatal.

De hecho, el panorama es bastante desigual: China y los Estados Unidos (al menos hasta septiembre de 2001) no han hecho sino incrementar su poder en conexión con la globalización, mientras que los estados del África subsahariana han experimentado todo lo contrario. En general, los estados de la Unión Europea han perdido poder, mientras se iba comprobando cómo el poder se reajustaba a escala transnacional. Entender los vericuetos de este reajuste es crucial para cualquier análisis del cambio global contemporáneo, y para nuestra propia comprensión de la conexión entre globalización y el destino del *Lebensraum* americano. Hardt y Negri llegan a decir, respecto al tema, que «en el centro de la metafísica está la política» (p. 83). Sentimiento admirable y seguramente cierto, pero debe dejarse claro algo que ellos no hacen, y es que en el centro de la política no está la metafísica.

¿Guerra al terrorismo? O el *endgame* de la globalización

El 11 de septiembre de 2001 no cambió el mundo. Terrible como fue la pérdida de tantas vidas, al caer aquellos símbolos del poder económico y militar del Imperio americano, se llevaron con ellos la insularidad global de la gran mayoría de la población enclaustrada dentro de las fronteras nacionales de la única potencia mundial de hoy. En gran parte del mundo, la gente sufrió un trauma similar, si no mayor. Es demasiado pronto para saber si el 7 de octubre

de 2001 puede acabar cambiando el mundo. Ése fue el día en que el Gobierno de los Estados Unidos desencadenó lo que se conoce como «guerra al terrorismo», bombardeando un ya devastado Afganistán. Aparte de la rápida calificación de los mismos hechos como un ataque a la nación (Smith, 2001) para tratar de justificar la guerra en términos tradicionales, se comenzaron a demonizar a todos y cada uno de los amigos de aquellos gobiernos que pudieran ser denominados «terroristas» y comenzó la severa amenaza de que éste era un nuevo tipo de guerra. Para todos los centros oficiales de poder en el mundo, pero para ninguno como Washington D.C, los enemigos se convirtieron en terroristas y comenzó un endurecimiento del poder estatal.

Lo que George Bush comenzó no fue, mírese como se mire, una guerra contra el terrorismo; como mucho fue una guerra selectiva dirigida sobre todo contra musulmanes y árabes de todo el mundo, pero olvidando muchos otros terrorismos. Si hubiera sido una guerra contra el terrorismo, se hubiera dirigido seguramente contra los militares colombianos que, respaldados por el estado, están embarcados en una guerra terrorista contra rebeldes de izquierda, con la excusa de luchar contra la droga. Seguramente hubiera luchado también contra los militares indonesios que, de forma similar, están combatiendo varias facciones de su propia población en lucha contra la represión del Estado. Se hubiera enfrentado también al gobierno israelí, cuya guerra contra Palestina desde que Ariel Sharon subió al Temple Mount en 1999, ha asesinado a casi tantos palestinos como víctimas causó el ataque al World Trade Center. Por el contrario, el Gobierno de los Estados Unidos está apoyando con firmeza todas estas formas de terrorismo de estado.

Entonces, ¿quiénes son los terroristas que aterrorizan a los Estados Unidos? Osama bin Laden fue entrenado y financiado por la CIA en la década de 1980, en una oportunista estrategia contra la Unión Soviética. Timothy McVeigh, responsable del atentado que ocasionó 167 víctimas mortales en Oklahoma City, fue adiestrado por el ejército norteamericano; es ampliamente aceptado que el terrorista del ántrax de 2001 robó la cepa del ántrax de un laboratorio del Gobierno financiado por el Ejército. El «tirador» que aterrorizó Washington DC en octubre de 2002 también se entrenó durante once años en el Ejército americano. El mismo Saddam Hussein fue ayudado por los Estados Unidos en su guerra contra Irán en los años ochenta. Podría parecer una afirmación excesivamente polémica, pero considerando todas estas intervenciones juntas, una guerra efectiva contra el terrorismo debería plantearse la disolución del ejército americano.

Si consideramos ahora los asesinatos en masa de antitalibanes detenidos y otras atrocidades, incluidas las bajas civiles, que se estiman en una cifra entre 5.000 y 13.000 civiles inocentes en los bombardeos indiscriminados de americanos, británicos y otros miembros de la «Coalición Internacional» contra aldeas, hospitales y ceremonias de bodas, la guerra de Afganistán no fue tanto una guerra *contra* el terror como una guerra *de* terror. Cuando se permitió a los reporteros americanos entrar en Afganistán, casi un mes después de comenzar los bombardeos, empezamos a ver reportajes con imágenes de afganos enlo-

quecidos chillando a los recién llegados: «¿Por qué nos odiáis tanto los americanos?», gritaban campesinos que acababan de perder en los bombardeos a amigos y familiares.

La guerra de Irak es un asunto especialmente hipócrita. Según estimaciones fiables, hacia 2003 habían muerto entre 8.000 y 10.000 iraquíes. La Administración Reagan apoyó activamente a Saddam Hussein en su lucha contra el Irán en los años ochenta, y cuando Hussein utilizó sus armas químicas contra los kurdos, los americanos, que habían proporcionado al gobierno iraquí decenas de millones de dólares en armamento, bendijeron implícitamente su acción, al negarse a censurarlo públicamente. Cuando impusieron el criminal embargo económico sobre Irak —según estadísticas americanas, murieron más de 500.000 niños; el gobierno iraquí estima en 1,7 millones el total de los muertos en 10 años—, aunque se permitieran una limitada exportación de petróleo bajo supuestos motivos humanitarios, la Haliburton Corporation, dirigida por Dick Cheney (más tarde vicepresidente Cheney), ganó millones de dólares como corredor y negociador de estas exportaciones.

Pero, sobre todo, ya está claro que un año antes del ataque sobre el Pentágono y las Torres Gemelas, antes incluso de ser elegido presidente, George Bush había concebido un plan de guerra contra Irak. En ese momento, el PNAC (Proyecto para un Nuevo Siglo Americano), preparó un manifiesto dirigido a conseguir «una paz global americana». Y lo hizo por mandato de los asesores de Bush: Dick Cheney, Donald Rumsfeld (más tarde secretario de defensa), Paul Wolfowitz (el diputado halcón de Rumsfeld) y Jeb Bush (hermano de George W. Bush e implicado, como gobernador de Florida, en la debacle de las elecciones de aquel estado) (MacKay, 2002). Desde esta perspectiva, los sucesos del 11 de septiembre aparecen, no tanto como la razón para una guerra, sino como un oportuno regalo para la derecha revanchista de la clase dirigente americana. No un pretexto, sino un «post-texto», que aparentemente proporcionó una justificación global a una ambición preexistente.

De hecho, mirada en el contexto de la historia del imperio americano en el siglo XX, la primera guerra importante del siglo XXI no significa una enfrentamiento contra el terrorismo en ningún sentido significativo, sino una guerra para un globalismo centrado en los Estados Unidos y que representa la cumbre del tercer periodo de ambición global americana. El hecho de estar localizada en el suroeste de Asia, de ninguna manera es accidental y tiene varias dimensiones. Tras el segundo periodo de globalismo americano, sucesivas administraciones esperaban aumentar su influencia en el Oriente Medio. El interés en la región estaba relacionado no sólo con el petróleo, sino también con el apoyo al nuevo estado de Israel. Los Estados Unidos buscaban desplazar al capital británico y francés, mantener a raya a la Unión Soviética y negociar diferentes acuerdos diplomáticos y económicos con la Administración de la región.

Este ambicioso plan, sin embargo, fue encontrando sucesivos obstáculos: la OPEC comenzó a reafirmar su poder político y económico en la década de los setenta; la revolución Iraní de 1978 destronó un régimen apoyado por los americanos, siguió después el sitio a la embajada americana y el ataque y pos-

terior expulsión a principio de los ochenta de la presencia americana en el Líbano. En un periodo marcado también por las pérdidas políticas en Vietnam y Nicaragua y por las crisis en la economía mundial, todos estos acontecimientos supusieron una extraordinaria pérdida de poder; el *Lebensraum* global americano fue amenazado en su misma base.

Durante la década de 1980, la explosión de un nacionalismo panárabe, el fracaso de diversos socialismos en la región y la apatía de los regímenes islámicos conservadores con capital petrolero global, dejaron un vacío de poder político y propiciaron otras versiones religiosas del islam particularmente reaccionarias (Mitchell, 2002). Cualquier intento retórico de describir la guerra de Oriente Medio como un enfrentamiento (una «cruzada», la llamó públicamente Bush) entre el capitalismo occidental civilizado y un islam bárbaro y antimoderno, es exactamente lo contrario de lo que representa el verdadero objetivo de la guerra. El principal temor de estos capitales era precisamente que pudiera emerger algún tipo de coalición activa entre Arabia Saudí, Irak, islamistas reaccionarios como el representado por Al Qaeda y posiblemente algún otro estado, y que esta coalición supusiera una amenaza poderosa para un globalismo centrado en Estados Unidos. En resumen, el verdadero objetivo, hoy, no sería el terrorismo por sí mismo, sino la amenaza real de que el Oriente Medio pudiera consolidar un globalismo en competencia con la visión de globalización neoliberal que emana de Washington, Nueva York, Tokio y Frankfurt, Londres y Toronto. Si este globalismo rival emergiera, obstruiría firmemente la visión neoliberal de la globalización, dañada ya por los fallos aparecidos en las crisis económicas asiáticas y sus subsecuentes recesiones. Esto confiere un sesgo de amenaza al aviso de Bush de que las «naciones árabes» que resistan la guerra contra Irak «pueden verse obligadas a vivir con temor».

«Cuando interviene el petróleo», escribe Eduardo Galeano, «no hay muertes accidentales». El petróleo ciertamente interviene después de la guerra de Afganistán, pero sería un error que muchos de la izquierda cometen, ver ésta como una guerra simplemente o incluso principalmente por el petróleo. Es verdad que la existencia de la mayor reserva mundial de petróleo acelera la intensidad de los intereses en conflicto, pero la clave de esta guerra es que continúa, más que empieza, la ambición del globalismo americano. Es, por encima de todo, una guerra geo-económica y no geopolítica. No es una guerra simplemente para controlar las reservas de petróleo, sino para controlar, más bien, la economía política global dentro de la cual se organiza la disponibilidad de los recursos de petróleo. Es una guerra para culminar el tercer periodo de globalismo americano, el «juego final» de la globalización.

Aislamiento, incompetencia, imposibilidad. Después del *Lebensraum* americano

En noviembre de 2001, los coroneles de la armada en Kandahar entendieron demasiado bien las contradicciones existentes entre el nacionalismo estrecho de miras y el globalismo expansivo. Varios días después del teatral izado de la

bandera, apareció una pequeña nota en el *New York Times* señalando que los coroneles habían avisado a los marines de que, puesto que ésta era una supuesta coalición internacional, el ritual izado de las barras y estrellas estaba fuera de lugar. Ésta es una contradicción que en el pasado resultó fatal para el globalismo americano, y me gustaría aventurar la idea de que volverá a ocurrir, y ello por su relación con estas tres características: aislamiento, incompetencia, imposibilidad.

En primer lugar, a pesar del mundial abrazo solidario después del 11 de septiembre de 2001, el agresivo y arrogante belicismo a que dio paso ha dejado en gran medida aislados a los Estados Unidos. Desde la aparición de la política exterior liberal americana a principios del siglo XX, nunca los Estados Unidos han aparecido tan solos en el contexto internacional y, como corolario, nunca ha habido tal oleada de sentimiento antiamericano. La serie de intensas negociaciones, amenazas de sobornos y abiertos chantajes con que han seducido a los reticentes líderes de algunos gobiernos aliados para alinearse con los intereses bélicos de Estados Unidos, hablan claro del enorme poder global americano, pero dicen poco sobre los sentimientos políticos de una «multitud» generalmente en contra. Probablemente España sea el ejemplo más significativo.

Al aislamiento podríamos añadir la incompetencia de los Estados Unidos. Es cierto que la guerra contra Afganistán terminó con el despreciable gobierno talibán, pero, en todos los demás órdenes, fue un rotundo fracaso. Los principales objetivos escaparon dejando en ridículo al ejercito americano. El bombardeo de hospitales, ceremonias, mercados y civiles inocentes, la cantidad de bajas por «errores», etc, contradicen la idea de un ataque quirúrgico y supertecnológico. Hacia final de 2003, el nuevo gobierno de Kabul controlaba la capital y poco más, y vivía bajo la constante amenaza de traición asesina. Incluso en la relativa seguridad de Washington D.C. está presente la incompetencia. Hablar de «cruzada» y de «Operación de Justicia Infinita» refleja una incompetencia nacida de una ignorancia cultural y geográfica global; a su vez, el «eje del mal» supuso un ridículo desatino que terminó con el resultado, sin precedentes, de que un candidato a la presidencia de Corea del Sur prometiera defender a Corea del Norte en caso de ataque o invasión norteamericana. Los esfuerzos políticos y militares americanos han conseguido localizar a pocos terroristas y crearse muchos enemigos por todo el mundo.

Incluso la detención de Saddam Hussein en Irak en diciembre de 2003 proporcionó, a Bush y sus aliados, poco más que un frenesí de oportunidades publicitarias. La incompetencia en la invasión iraquí es parecida, aunque mucho más clamorosa, que en la de Afganistán. Como Bush padre había manifestado en 1998, explicando las razones de su propia política en 1991: «llevar la guerra también a Irak, hubiera supuesto costos políticos y humanos incalculables. Nos hubiéramos visto obligados a ocupar Bagdad y gobernar en Irak. La coalición se hubiera deshecho rápidamente, los árabes, furiosos, habrían desertado igual que otros aliados. Superar el mandato de Naciones Unidas habría destruido el precedente que pretendíamos establecer, de respuesta internacional

frente a la agresión. Si hubiéramos seguido el camino de la invasión, los Estados Unidos podrían ser todavía un poder ocupante en una tierra hostil» (Bush y Snowcroft, 1998). Esta incompetencia potencial a que se refería el padre del actual presidente Bush, ha sido claramente asumida por el hijo. Hasta donde llegará, no está tan claro.

La tercera característica es la imposibilidad. En nombre de la lucha contra el terror global, Bush ha prometido prácticamente un control militar global. Pero a pesar del poder económico y militar de los Estados Unidos, esta idea es, en sentido estricto, una fantasía. Aparte de la enormidad de una empresa militar de esa envergadura, ya es posible adivinar la aparición, aunque de forma diferente, de algunos de los mismos ingredientes que resultaron fatales para anteriores intentos de los Estados Unidos de un control global. En primer lugar, está el nacionalismo que va íntimamente ligado a cualquier expresión de interés global americano. Para justificar la guerra, la respuesta de la élite al 11 de septiembre fue convertir en «nacional» un suceso que era a la vez de alcance local y global.

Una vez movilizado como respuesta al «terror», ese nacionalismo ha encontrado una expresión imparable. Las fronteras de los Estados Unidos están cada vez más reforzadas por la intensidad del sentimiento nacional y la intensificación de un control interior sin precedentes. A la vez, las fronteras se cierran selectivamente o se ponen más trabas a la salida o entrada de ciertas ideas, personas, mercancías o capital. *Commuters* y turistas soportan enormes retrasos y los exportadores se quejan de las pérdidas originadas por las largas colas de camiones en las fronteras mexicana y canadiense. Los puertos sufren retrasos impuestos por las medidas de seguridad y pierden actividad en beneficio de puertos extranjeros no afectados por estas restricciones antiterroristas. Las medidas de seguridad hacen frustrante viajar en avión; el colapso de cualquier distancia crítica entre gobierno y medios de comunicación supone un poderoso filtro para la información de más allá de las fronteras nacionales (aunque para aquéllos que quieren conseguirlo, Internet está siendo un instrumento extraordinario). Investigadores e industriales sufren nuevas normas de inmigración que afectan a los visitantes extranjeros para cobrar por su trabajo: han de pasar por la burocracia de tener que proveerse de número de la seguridad social o un visado especial de negocios. Los científicos temen que nuevas disposiciones permitan confiscar productos químicos y biológicos vitales para la investigación, y que el Gobierno utilice el miedo al terrorismo para prohibir la publicación de resultados. La compañía de evaluación de créditos Standard and Poor ha eliminado de su índice S&P todos aquellos estocs no localizados en los Estados Unidos. La lista es mucho más larga. Impuestos sobre el acero, enormes subsidios a la agricultura y el rechazo a los acuerdos de Kyoto suponen aún más trabas para la competencia global de la economía americana.

En efecto, las fronteras nacionales de los Estados Unidos impiden o ponen muy difícil, según los casos, la fluidez y movilidad; y todo en nombre de la globalización (las mismas situaciones se están dando de Argentina a Malasia, aunque me limitaré al caso de Estados Unidos). La contradicciones entre interés

nacional y ambición global difícilmente podrían ser más claras y no se necesita ser un genio para deducir que todo ello repercutirá negativamente en la economía nacional. Esta situación recuerda el fracaso del periodo de globalismo norteamericano del siglo pasado, cuando el propio nacionalismo que lo había generado se convirtió en su talón de Aquiles. Por supuesto, es importante recordar que la Administración Bush representa sólo una facción específica de la clase dirigente norteamericana organizada alrededor de los intereses de la industria militar y de la energía, y que ya hay señales de descontento entre determinados grupos corporativos, especialmente entre aquéllos con más intereses globales, respecto a la conveniencia de una estrategia geoeconómica global dirigida por la industria armamentística nacional.

Si el pasado nos sirve de lección, tiene poco sentido esperar a que esta contradicción acabe, por sí misma, con los avatares de la globalización. El movimiento antiglobalización, más fuerte en Europa y Asia que en los Estados Unidos, está pasando por un momento crucial. Al menos en los Estados Unidos ya se ha pagado un precio por acercarse demasiado a la fe en una política desterritorializada. A final de septiembre de 2001, se tomó la decisión irrevocable de prohibir una gran manifestación antiglobalización en Washington, con la excusa de que, en medio del resurgir nacionalista del momento, podía confundirse política de antiglobalización con política antiguerra y antiamericana, y provocar una violenta respuesta del Gobierno y de la policía. A pesar de todo, hubo 25.000 manifestantes, pero el mal ya estaba hecho. Si aceptamos, pues, que la nueva guerra no es una guerra contra el terrorismo, sino para establecer los términos de la globalización, está claro que intentar separar los movimientos antiguerra y antiglobalización es una locura. Debería quedar igualmente claro que el movimiento antiglobalización necesita a la vez adoptar una política anticapitalista.

A pesar de que cualquier política antiamericana es inevitablemente popular en todo el mundo, conviene subrayar que, por muy crucial que sea la clase dirigente americana en esta última fase del capitalismo globalizado, una política de antiamericanismo dificulta sistemáticamente sus objetivos clave. Convierte el objetivo de la política antiglobalización en un asunto geográficamente cercano, en lugar de identificar a una clase dirigente transnacional que comparte la agenda de la globalización, a pesar de sus enormes diferencias sociales internas, de raza, de género y otras muchas entre las que hay que incluir las de origen nacional. Mientras que el énfasis en la desterritorialización omite la geografía del poder, la respuesta antiamericana confunde geografías fijadas con poder homogéneo. Una vez más, la cuestión de escala tiene consecuencias políticas vitales: del Harlem de Nueva York al Harlan de Kentucky, del South Central de Los Angeles al South-East de Washington, los residentes de éstas y otras áreas de los Estados Unidos no son los beneficiarios de la globalización, sino algunas de sus más desgraciadas víctimas.

Cuando se analice con suficiente perspectiva, el 11 de septiembre podría terminar siendo, no el principio de una nueva fase del Imperio americano, sino su desenlace, o al menos el principio del fin de este periodo concreto de

imperialismo. Indudablemente, la relativa invisibilidad del Pentágono después de los primeros telediaris, parece indicar que la facilidad con que puede utilizarse un avión comercial para derribar un ala entera del centro neurológico global del poder militar constituye una vergüenza nacional de proporciones históricas. Y puede añadirse que, después del 11 de septiembre de 2001, el recurso a la fuerza revela la debilidad de un poder global que no ha sido capaz de establecer, mediante medios puramente económicos, el tipo de control global necesario, a pesar de que a escala global no tiene rival desde 1989. Pero ha optado, en una aventura extraordinariamente oportunista, por recurrir a la más arriesgada alternativa de la confrontación militar. Es más arriesgada, por la simple razón de que, como dijo Winston Churchill, uno de los más detestables imperialistas de otro imperio diferente, cuando se ha dado la señal de guerra, el gobernante que la declara «deja de ser señor de la política para convertirse en esclavo de acontecimientos imprevisibles e incontrolables».

Los dos primeros periodos de globalismo norteamericano terminaron en guerra; el tercero no parece muy diferente. Lo que cambia es que, por primera vez, son los Estados Unidos los instigadores de la guerra. Aislamiento, incompetencia e imposibilidad, que, junto a una creciente oposición y un funesto nacionalismo, son razones suficientes para dudar del éxito del globalismo americano en esta guerra. La conclusión positiva es que, al final, un imperialismo global americano es imposible; la trágica, por supuesto, es que antes de reconocer ese fracaso, el precio en vidas humanas podría ser terrible.

Bibliografía

- ADAMS, Brooks (1902). *The New Empire*. Nueva York: Macmillan.
- BRENNER, Neil (1999). «Beyond State-Centrism? Space, Territoriality, and Geographical Scale in Globalization Studies». *Theory and Society*, n.º 28, p. 39-78.
- BUSH, George H.; BRENT, Scowcroft (1998). «Why We Didn't Remove Saddam». *Time Magazine*.
- COUNCIL ON FOREIGN RELATIONS (1940). «Studies of American Interests in War and Peace». *Territorial memo*. T-A1, 16 de febrero.
- EAKIN, Emily (2002). «All Roads Lead to D.C.». *New York Times*, 31 de marzo, 4.
- GALEANO, Eduardo (2000). *Days of Nights of Love and War*. Nueva York: Monthly Review.
- GIBSON-GRAHAM, J.K. (1996). *The End of Capitalism (As We Knew It)*. Cambridge MA: Blackwell.
- HARDT, M.; NEGRI, A. (2000). *Empire*. Cambridge MA: Harvard University Press.
- HAASS, Richard (2000). «Imperial America». Comunicación presentada en *Atlanta Conference*, 11 de noviembre, www.brook.edu/views/articles/haass/2000imperial/html
- KATZ, Cindi (1998). «Whose Nature, Whose Culture? Private productions of Space and the Preservation of Nature». En BRAUN, Bruce; CASTREE, Noel, (eds.). *Remaking Reality. Nature at the Millenium*. Londres: Routledge, p. 46-63.
- KIMBALL, Warren F. (1984). *Churchill and Roosevelt. The Complete Correspondence*. Princeton: Princeton University Press, vol. III.
- LENIN, V. (1975). *Imperialism, The Highest Stage of Capitalism*. Beijing: Foreign Language Press.

- LUCE, Henry. (1941). «The American Century». *Life*, 17 de febrero.
- MACKAY, Neil (2002). «Bush Planned Iraq "Regime Change" Before Becoming President». *Glasgow Sunday Herald*, 15 de septiembre.
- MACKINDER, Halford (1904). «The Geographical Pivot of History». *Geographical Journal*, n.º 23.
- MARSTON, Sallie (2000). «The Social Construction of Scale». *Progress in Human Geography*, n.º 24, p. 219-242.
- MITCHELL, Tim (2002). «McJihad». *Social Text*, n.º 75.
- SKLAIR, Leslie (2001). *The Transnational Capitalist Class*. Malden, MA: Basil Blackwell.
- SMITH, Neil (1991). *Uneven Development: Nature Capital and the Production of Space*. Oxford: Basil Blackwell.
- (1992). «Contours of a Spatialized Politics: Homeless Vehicles and the Production of Geographical Space». *Social Text*, n.º 33, p. 54-81.
- (2002). «Scales of Terror: The Manufacturing of Nationalism and the War for US Globalism». En ZUKIN, Sharon; SORKIN, Michael (eds.). *After the World Trade Center*. Nueva York: Routledge.
- (2003). *American Empire. Roosevelt's Geographer and the Prelude to Globalization*. Berkeley: University of California Press.
- SWYNGEDOUW, Erik (1996). «Reconstructing Citizenship, the Re-Scaling of the State and the New Authoritarianism». *Urban Studies*, n.º 33 (8), p. 1.499-1.521.
- UITERMARK, Justus (2002). «Re-scaling, "Scale Fragmentation" and the Regulation of Antagonistic Relationships». *Progress in Human Geography*, n.º 26, p. 743-765.
- WILLIAMS, William Apleman (1962). *The Tragedy of American Foreign Policy*. Nueva York: Dell.